

Cinco libros sobre Israel

CARLOS NAUDON es profesor de Relaciones Internacionales en la Academia Diplomática Andrés Bello del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile. Es el autor de *El Pensamiento Social de Maritain y América Impaciente*.

LA GUERRA DE LOS SEIS DÍAS. Randolph and Winston S. Churchill. *Buenos Aires: Editorial Candelabro, 1967.*

ISRAEL, MIRACLE IN THE DESERT. Terence Prittie. *London: Pall Mall Press, 246 p. Índice, 45s.*

THE SUEZ AFFAIR. Hugh Thomas. *London: Weidenfeld and Nicolson, 1967.*

259 p. *Bibliografía, Índice, 36s.*

DIARY OF THE SINAI CAMPAIGN. General Moshe Dayan. *London: Weidenfeld and Nicolson, 1966, 236 p. Índice, 42s.*

THE SUEZ WAR. Paul Johnson. *London: Macgibbon and Kee, 1957, 145 p. 10s 6d.*

Resulta curiosa la impresión que deja el conjunto de la lectura de estos cinco libros acerca de Israel y de los problemas que durante tan largos años han rondado en torno suyo, para quien, como yo, ha tenido la oportunidad de conocer los lugares que constituyen el escenario de los dramáticos sucesos a que estas obras se refieren.

Visité Israel en agosto-septiembre de 1967, es decir, muy poco después que la Guerra de los Seis Días había concluido. Visité todas las zonas ocupadas por los israelíes, hablé con sus principales dirigentes y, sin compañía de ninguna clase, recorrí Jerusalén, ya unánime por aquel entonces.

El relato, pues, que contienen estos libros, adquiere para mí el singular efecto de que, no sólo se me hace muy vívido, sino también que puedo contrastarlo con mi personal experiencia.

El libro de Terence Prittie, *Israel, Miracle in the Desert*, traza un vasto panorama del largo camino que ha conducido hasta la constitución del moderno Estado de Israel, poniendo de relieve sus problemas principales. La idea fundamental que lo anima, es, sin duda, el carácter de victoria del cerebro y de la inventiva humanas sobre las dificultades materiales. Al recorrer su territorio y observar, maravillado, las ciudades surgiendo entre las arenas del desierto, la obra de los *kibbutzim* y la unidad de su gente dentro de la diversidad, tal carácter, en efecto, se impone con facilidad al espíritu del viajero.

Percibir aquello es captar, sin embargo, sólo una parte del milagro

judío. Lo esencial de él se encuentra en la capacidad de los judíos de haber podido mantener, a través de su dispersión, el sentido de la nacionalidad, la convicción de pertenecer a un solo pueblo, ligado a una tierra: Palestina.

Por eso, a mi juicio, el nervio de este libro se halla en el capítulo —que es el pórtico de la obra— que refiere “la vuelta a la tierra”. Es ella todo lo contrario de una historia alegre y si bien desde la diáspora los judíos siempre soñaron con volver a la Tierra Prometida, adquiere la forma de una línea recta dirigida a Palestina, a fines del siglo pasado, cuando a los judíos más ilustrados apareció claro que era un engaño pretender identificarse alguna vez con los pueblos en cuyo seno vivían. Uno de los mejores arquitectos de la idea de la necesidad del retorno, Teodoro Herzl, se convirtió a ella definitivamente cuando presenció el proceso Dreyfus, que dio origen, como se sabe, a odiosas manifestaciones antisemitas en la Francia depositaria de los ideales de 1789.

Más no se trataba sólo de que aquella convicción prendiera en la totalidad de los judíos —muchos de los cuales eran rígidos partidarios de la asimilación— sino también —y de manera muy importante— se precisaba que las grandes potencias, con vastos intereses en Palestina, la acogieran.

Terence Prittie señala, con gran lucidez, los diversos hechos que fueron conformando el cuadro internacional que condujo a la aceptación del plan de partición de Palestina, entre los cuales adquiere gran relieve la conducta que Hitler asumió frente a los judíos.

Como ha dicho un célebre historiador inglés, la historia judía no es tal, sino un martirologio.

Contra la creación del Estado de Israel se alzaron, de inmediato, los países árabes. Se negaron a reconocer su existencia misma y desde ese instante empezó a incubarse la situación que, hasta ahora, ha dado origen a tres grandes guerras —las de 1948, 1956 y 1967— y a un permanente estado de tensión, acentuado por constantes choques a lo largo de las líneas de armisticio. Tales líneas jamás han podido convertirse en fronteras jurídicamente definidas, no obstante que todos los acuerdos de armisticio señalan que ellos deben conducir a la formulación de tratados de paz entre Israel y sus vecinos.

Las obras de Hugh Thomas y de Paul Johnson, como asimismo el Diario del General Dayan, se refieren a las guerras de 1948 y 1956, con especial énfasis en el problema del Canal de Suez.

Thomas y Johnson no escatiman críticas a la conducta que en 1956 asumieron Gran Bretaña y Francia durante la crisis del canal. Thomas se refiere a ella como “una aberración colectiva” y Johnson describe

la política inglesa de la época como "una historia de incompetencia única en los anales del gobierno británico".

El fin de esa guerra fue, mirada a la luz de las actuales perspectivas, bastante melancólico para todos. El desprestigio británico y francés fue enorme; los israelíes no retuvieron gran cosa de sus victorias —que Dayan relata con elocuencia y dramatismo en su Diario de la Campaña de Sinaí— ni sacaron de ella mucho partido, mientras Nasser adquirió un prestigio que terminó por convertirlo en un gigante de febles pies.

Es aquí en donde radica uno de los puntos de mayor interés en la apreciación conjunta de estas obras, pues permite contrastar los cambios ocurridos en el cuadro internacional entre 1948-1956 y 1967, cuando ocurre la guerra de los seis días, objeto específico del bien logrado estudio de los dos Churchill.

La crisis de 1967 y la fulminante victoria de Israel —cuya posibilidad el Diario de Dayan permite prever con extraordinaria claridad— fue precedida por una serie de actos agresivos de la República Árabe Unida, como fue el bloqueo del Golfo de Akaba, del Canal de Suez y de los estrechos de Tirana.

Randolph y Winston Churchill pormenorizan ese cuadro con fidelidad, como también las dificultades y enfrentamientos entre quienes, en Israel, ponían su fe más en sus propias fuerzas que en la colaboración de terceras potencias y aquellos que asumían una actitud más bien opuesta.

Sin embargo, entre otros, hay elementos que componen también la actitud agresiva del Presidente Nasser y que precipitó la crisis, que parecen ser desconocidos por los autores. Me refiero a ciertas resoluciones de la Conferencia Tricontinental de La Habana, de enero de 1966.

Allí, como se sabe, se reunieron representantes de pueblos y gobiernos —el grado de su representatividad fue, en muchos casos, bien discutible— de Asia, Africa y América Latina, quienes aprobaron una serie de resoluciones sobre los tópicos más variados.

El referente a Palestina dijo: "La Primera Conferencia Tricontinental de Solidaridad con los pueblos de Asia, Africa y América Latina, condena el movimiento zionista y la existencia de Israel en el territorio ocupado de Palestina y pide el rompimiento de relaciones políticas con Israel, su bloqueo económico y cultural y expulsión de las organizaciones internacionales".

La actitud de Nasser, que asumió en mayo de 1967, al bloquear las rutas marítimas de Israel, se encuentra precisamente dentro de la línea trazada por la Primera Tricontinental de La Habana y es preciso tener presente que la resolución a que me acabo de referir, fue el precio

que Castro pagó por la participación de la RAU en esa Conferencia, a la cual también asistieron representantes rusos. Pronto se habría de ver que la Unión Soviética distingue bastante bien entre su participación en esta clase de reuniones y la política exterior que define su gobierno.

El 26 de mayo de 1967, Nasser dijo: "Estamos confiados en que podemos ganar... Esta vez no será como en 1956, porque entonces no peleábamos con Israel, sino con Gran Bretaña y Francia".

No fue, en efecto, como en 1956, porque pronto apareció claro para todos que ni Estados Unidos ni la Unión Soviética pondrían en juego sus intereses vitales con una intervención en el Medio Oriente. Las llamas de la guerra fría, que tan altas eran en el decenio 1950-1960, ya no lo eran en 1967 y ello colaboró a que el enfrentamiento fuera como el que describía Nasser, sólo que los resultados fueron bien distintos de los que supuso el líder egipcio.

La obra de los dos Churchill describe muy bien lo que fue esa guerra y sus consecuencias.

Después de ella, Israel controla, aparte de sus anteriores 20 mil kilómetros cuadrados, unos 67 mil kilómetros cuadrados más, representados por la Franja de Gaza, Sharm el-Sheik, la Península de Sinaí hasta el Canal de Suez, todo Jerusalén, las márgenes occidentales del Jordán y las alturas sirias que dominan la región norte de Israel.

Si se examinan las líneas de armisticio que separaban Israel de sus vecinos, es fácil observar cuánto representan para la seguridad del joven Estado los territorios que hoy controla.

Apoderándose, en efecto, de las mesetas sirias, los judíos han disipado la perpetua amenaza que significaron en el pasado, los francotiradores y las granadas de Siria sobre los *kibbutzim* de las planicies inferiores y se han precavido contra cualquier tentativa para desviar, aguas arriba, los ríos Jordán y Yarmuk. Idéntico o análogo sentido tiene la posesión del margen occidental del Jordán, además de debilitar mucho a Jordania, para quien representa casi la mitad de su territorio y la riqueza del turismo. El control de la Península de Sinaí les permite aventar el peligro que significa la aviación egipcia, la cual, desde su base de El Arish, se encontraba a siete minutos de Tel Aviv. Por otra parte, otorga la posesión de los pozos petrolíferos vecinos a Ras Sudr sobre el Golfo de Suez, cuya producción alcanza a satisfacer las necesidades de Israel. El control de Sharm el-Sheik garantiza a sus barcos el libre tráfico del estrecho de Eilat.

Jerusalén unánime tiene un sentido mucho más profundo que las razones estratégicas y de seguridad que animan el cuadro anterior, porque toca el espíritu mismo del pueblo judío. Recuerdo aún mi visita

al Muro de los Lamentos y las escenas conmovedoras que allí vi: hombres, mujeres y niños que besaban el muro sollozando, el lento pronunciarse de las oraciones, las negras y solemnes figuras de los rabinos.

Todos los dirigentes con quienes conversé, estuvieron de acuerdo en que la actual situación de Jerusalén es intransable. Nunca más están dispuestas a que retorne a la antigua partición, que todos consideran como algo anormal e inaceptable.

Estoy absolutamente cierto de que Israel puede admitir cualquier tipo de solución respecto a los otros lugares que controla, salvo con relación a Jerusalén. A menos que ocurra un genocidio, Jerusalén, como capital de Israel, permanecerá unánime.

Después de la lectura de estos libros y de recordar mi visita a Israel, me pregunto cuál será la solución final que se alcanzará en el Medio Oriente.

Pienso que hay una sola vía —que el libro *La guerra de los seis días* destaca muy bien—: el reconocimiento por parte de los países árabes del derecho a existir del Estado de Israel. Si ello no ocurre, todos los caminos estarán cerrados, porque no puede haber diálogo. Esta idea aunque muy tenuemente aún, parece estar abriéndose paso. Es un elemento que enciende una luz de esperanza en la larga tragedia que han protagonizado desde siglos, dos pueblos hermanos —árabes y judíos— que, sin embargo, tan anchos horizontes tienen de fecundas y compartidas empresas.